

la paz, ó no se tendría la felicidad, ó no se sería dichoso. Es lo que, por miras de la sabiduría divina, há sucedido á muchos santos, y lo sienten todavía con frecuencia almas muy piadosas y muy adelantadas en el camino de la salvación. Aunque en estado de gracia, están atormentadas por temores que las turban, de suerte que son muy desgraciadas. La paz es tan necesaria para la felicidad que, si por imposible no se gozase de ella en el cielo, no se sería de ningun modo dichoso. Hé aquí precisamente por lo que el apostol San Pedro no se limitaba á desear la gracia á los primeros cristianos, sinó que les deséaba la paz.

Pero notád bien ahora de que paz habla San Pedro. No es de la paz que promete y que dá el mundo y que consiste en el endurecimiento del corazon y en la perdida de la fé, puesto que si no se sale de este estado antes de la muerte, conduce derecho al infierno. La paz que San Pedro deséaba á los primeros cristianos es la misma que Jesucristo habia deséado á sus apóstoles, la que los angeles habian deséado, en la noche del nacimiento del Salvador del mundo, á los *hombres de buena voluntad*¹. Notemos estas últimas palabras, *hombres de buena voluntad*, y aproximémoslas á las de Nuestro Señor dirigiendose á sus apóstoles: *Yo os dejo la paz, yo os doy mi paz*². Ellas nos hacen comprender que esta paz viene de Dios solo, que la dá cómo una primer recompensa, en este mundo, á los que cumplen fielmente sus deberes: á los *hombres de buena voluntad*; á los que ruegan á Dios, le honran y le sirven; á los que aman á su projimo y le asisten en la medida de su poder; á los que dominan sus pasiones y las gobiernan, y no se dejan esclavizar por ellas³.

1. Luc. II, 14. — 2. Joan. XIV, 27.

3. *Yo os dejo mi paz, yo os doy mi paz, esta paz interior que el mundo no os puede dar*, puesto que, por el contrario, es él quién la turba. Y qué es esta paz? *Nosotros iremos á él y nos harémos allí nuestra mansion*. Joan. XIV, 23. Dios en nosotros está en nuestro fondo, es nuestra paz. Porque está escrito de la ciudad santa, que es la figura del alma fiel: *Dios no se conmovirá en medio de ella*. Ps. XLV, 5. *Que venga la*

Y quién puede decir cuán delicioso es este bien de la paz, la paz de la conciencia, la tranquilidad y el descanso del alma! Aque-

tempestad, es decir, las pasiones, las afecciones, la perdida de los bienes temporales: *Dios en medio del alma no será conmovido*, ni por consiguiénte el fondo en dónde está, porque continua el Psalmista: *Dios le ayudará desde la mañana*: Dios le fortificará con sus gracias; y ésa es su paz, con tal de que sea cuidadosa para reconcentrarse en si misma, porque es allí que encuentra á Dios, que es su fuerza. Si ella se distrae, Dios será conmovido; no en si mismo, sinó en medio de ella. Comenzáis á escuchar al mundo y á la tentacion; Dios se conmueve en medio de vosotros y está pronto á dejaros. Consumais el pecado, y él os abandona. Permaneced firmes y unidos á Dios, que está en vosotros: él no se conmovirá en medio de vosotros; por éso estaréis en paz, porque está escrito: *El lugar en dónde él permanece estará en paz*. Ps. LXXV, 3. *No hay paz para los malos; dice el Señor*. Is. XLVIII, 22. Todavía más, *no hay paz para los malos; ellos están cómo un mar agitado que no tiene descanso*, que abunda en malos deseos; y sus olas y su espuma lanzada á la orilla será pisoteada, y no formará barro. Ys. LVII, 24, 20 (Bossuet, *Meditac. sobre el Evang.* xcvi, dia). — La paz! precioso bien! sin él qué serian todos los demás? No podia faltar entre los vuestros, oh! vosotros que sois la paz personificada, Mich. V, 5, que nombráis la paz, Ps. LXXXIV, 9, y que vivis para hacerla. Ef. II, 15. Es lo que acaba, corona y consume vuestros beneficios. Es vuestra firma puesta en vuestra obra, y una señal que, al darle su soberana belleza, cómo tambien su valor supremo, hace que desde este mundo, ella nos conduzca al humbral del paraíso, y nos dé la seguridad anticipada de la dicha éterna. La paz es vuestro estado, oh! mi Maestro adorado! Nada la altera en vos, nada la alcanza. Cómo es dulce y santificante contemplar vuestra paz! Esto solo nos tranquiliza desprendiendonos suavemente de las turbaciones de esta pobre vida. La vida en si misma es tranquila, cómo el amor y la naturaleza; vos sois la vida, el amor, y la naturaleza es vuestra obra; vos sois el más pacífico de los seres... *Yo os dejo la paz, yo os doy mi paz*. (Jesus la há conquistado reconciliandonos con su Padre, por la cruz, y humillando á nuestro enemigo, el demonio). Nó, no nos bastó, tan grande es nuestra miseria, no nos bastó que nos dejárais la paz, mi Jesus. Y justamente, porque es vuestra,

llos solos lo saben, que la gustan. Nuestro Señor lo sabía, es por éso que há venido á traerla al mundo, y que la há dejado y dado

es tán élevada, tán pura y santa, preciso es decirlo tán divina, que si no nos la diérais vos mismo y directamente, nosotros no la tomaríamos, y desde entonces, no la poseeríamos. Nó, el Cristianismo fundado, viviendo en su luz, en el esplendor de sus dogmas y de sus preceptos morales, deslumbradora claridad de sus éfectos y de sus obras, es decir, de toda su historia, no entraríamos sin embargo en él y no gozaríamos de la paz que contiene, si vos, oh! Salvador mio, á quién todo lo debemos, no nos confiriérais un dón y no nos asistiérais con un socorro que nos hacen participar réalmente de la herencia. Es necesario que, por vuestro Espiritu, nos déis la comprension, el gusto, el deséo, la esperanza y el amor de esta paz, y que, habiendo vos mismo así dispuesto santamente nuestra alma, derrameis en ella este bien de la paz que habeis dejado al genero humano. Hé aquí porque, despues de esta primera seguridad necesaria de que vos dejais la paz, cómo siendo la herencia de todos, añadís: *Yo os dejo mi paz*, para hacer entender que además de vos mismo la conferís á las almas de buena voluntad, de tál suerte que ella llega á ser, en toda verdad, la posesion de cada una. — Y decis que es vuestra paz: desde luego para que reconociéndola por sus verdaderos caracteres, se la estime en su justo precio, y no se la confunda con las demás; porque hay otra, oh Jesus! la que vos indicais diciendo: *Yo no os doy mi paz cómo el mundo dá la suya*. Mi paz es más élevada y atrae siempre á lo alto, la del mundo es baja y hace siempre descender. Mi paz es pura; la del mundo no lo es y lleva siempre á cosas vergonzosas. Mi paz liberta, la del mundo hace esclavo; mi paz es verdadera y profunda, la del mundo no está más que en la superficie y engaña á los que há seducido; mi paz fortalece solidamente las almas y las hace vigorosas, la del mundo las afémína. Mi paz es luminosa, despeja el ojo de la inteligencia y aumenta el alcance de su mirada; la del mundo no es más que una nube precursora de la noche, mata la fé, oscurece la razon y falsea la conciencia. Mi paz hace que el alma resista á todo, la del mundo hace que se ceda casi siempre. Mi paz dilata en Dios; la del mundo hace que el hombre se concentre, se agoste y se haga á sí mismo Dios. Mi paz salva el alma, la del mundo la pierde. — Es muy cierto, mi paz es atacada, y más que

á sus servidores. San Pablo también lo sabía, puesto que exclamaba que *esta paz aventaja á todo sentimiento*¹, es decir, que procura más goce que no puede hacer sentir ningun otro bien. San Pedro lo sabía igualmente, puesto que no veía nada mejor que pudiése desear á sus queridos primeros convertidos, que amaba cómo á hijos engendrados por él para la vida sobrenatural é inmortal. Nosotros mismos tenemos de ello también alguna idea. Porque quién no há cumplido un día con su deber y hecho alguna buena accion? Pues bien, esta satisfacción íntima que hemos sentido entonces, esta alegría solida y tranquila que há llenado nues-

la del mundo; ella es negada, calumniada y perseguida. No se la guarda más que defendiéndola, sobre todo contra el mundo que la aborrece, la combate y quisiera abolirla. Mis pacíficos son forzosamente victoriosos; los del mundo son vencidos, aun cuándo triunfen; sin embargo se dirá que con frecuencia triunfan. Ellos son lisonjeados, acariciados y ensalzados; los míos son vilipendiados. Mi paz y la suya son muy diferentes, para decirlo mejor, son completamente contrarias, es por lo que yo no doy mi paz cómo el mundo dá la suya, ocultando la verdad en un monton de mentiras. Yo doy mi paz mostrando aquí bajo mi cruz, allá alto el cielo y la eternidad; el mundo dá la suya callándose sobre la eternidad, no hablando más que de la vida presente y tratando mi cruz cómo una locura, un escandalo, algo de exécrable y que es preciso destruir á toda costa. — Yo os prevengo á todos, para que no os engaños ni sobre mí, ni sobre mis promesas, ni sobre mis dónes, ni sobre mis caminos, ni sobre la suerte que os espera en este mundo y en el otro. Vuestro destino aquí bajo debe ser mi destino; el discípulo será tratado cómo el Maestro. Pero vosotros sabeis quién soy yo, y veréis muy pronto adonde mi Pasión me lleva. *Que vuestro corazon no se turbe*; cerrádo al temor. El mundo os hostigará, os atormentará, os matará; permanecéd en paz, guardád mi paz: *Yo hé vencido al mundo, y allí en dónde estaré, vosotros estaréis también conmigo*; y entonces en dónde estará el mundo, y qué habrá sido de su falsa paz? (M^{sr} Gay. *Elevaciones sobre la Vida y Doctrina* de J.-C. 76 elev.)

1. Filip. iv. 7.

tro corazón, aun cuándo hubiéramos estado al mismo tiempo expuestos á toda clase de pruebas, es éso mismo lo que constituye la paz deseada por San Pedro á los primeros cristianos, y que debemos á nuestra vez deseárnos mutuamente, cómo el bien más codiciado despues de la gracia, de la cuál es el fruto, sino necesario desde esta vida, por lo menos ordinario ¹.

1. Pax est serenitas mentis, tranquillitas animi, simplicitas cordis, vinculum amoris, consortium charitatis. Hæc est, quæ simultates tollit, bella compescit, iram compescit, superbos calcat, humiles amat, discordes sedat, inimicos concordat, cunctis est placida, nescit extolli, nescit inflari: hanc, qui acceperit, teneat, qui perdiderit, repetat, qui amiserit, exquirat (S. Aug. de Verb. Dom.). — Pax transitoria est quoddam vestigium pacis æternæ (S. GREGOR. in Pace). — Lo que produce la verdadera paz en el alma de los justos. — Se está tranquilo en el estado en que se encuentra delante de Dios; y esta paz del alma, dice Salomon, es cómo una comida deliciosa. Exentos de estos temores de que están atormentados los pecadores con el pensamiento de la muerte y de los juicios de Dios, se espera tranquilamente su destino. Nó que no se tema absolutamente: en ello habria presuncion. Sinó que se teme cómo los niños, sin turbacion y con plena confianza. Es un santo despagamiento, en que el corazón libertado de la tirania de sus pasiones, disfruta de una dichosa libertad. Acostumbrase á mirar todas las cosas de la tierra con un ojo cristiano, y no se recibe estas impresiones vivas y profundas que hacen los disgustos de la vida. (Giroust, *serm. sobre la dulzura del servicio de Dios.*) — Bondadosa paz! paz divina! si te poseyéramos completamente, qué frutos de bendicion no producirias en nosotros! Para convencerse, no es necesario más que levantar el velo que cubre la turbacion y la desgracia de las familias, en dónde la paz cristiana no existe; ó considerar la perturbacion que reina en una nacion en dónde la religion, primer principio de paz, no domina y no contiene la efervescencia de las pasiones y de los malos instintos. Entro en el seno de una familia que no está animada del espíritu religioso; veo llorar; qué teneis? — reveses de fortuna nos han arruinado; no podemos ya escapar á la vergonzosa catastrophe que nos amenaza; — á mí, la desgracia me persigue... Oigo gemir: qué te-

Deseémosnos la paz, cristianos, y deseémosnosla plena y entera. Deseémosnos la paz con Dios, por el cumplimiento de todos nuestros deberes hacia él. Deseémosnos la paz con el prójimo, por la practica de la caridad fraternal que procura évitár las oposiciones y lo que pueda herír, cómo prestar todos los servicios posibles. Deseémosnos, por último, la paz con nosotros mismos, por el triunfo sobre nuestras pasiones. En una palabra, deseémos sér buenos cristianos, es decir, fieles imitadores de Jesucristo, nuestro Maestro y nuestro modelo; porque no se puede sín esto tener la verdadera paz; sinó que, por el contrario, se goza de esta paz con tanta más abundancia y plenitud, cuánto más parecido se hace del divino modelo, por una imitación más perfecta ¹.

néis, buena madre? — mí hijo acaba de ultrajarme; queria dinero para sus placeres, no tengo para las necesidades domesticas. — Cambiémos de escena. Entro en una casa en dónde reina la paz. Qué advierto desde luego? La paz y la union entre todos los miembros de la familia; placeres y penas, todo es comun; la mediania de los bienes basta para tener á cada uno contento; Dios derrama tán bien sus bendiciones que todo prospera. El orden y la economía, la prudente distribucion del tiempo entre los deberes de la vida cristiana y los de la vida social, hacen que esta familia, sín ser rica, se encuentre floreciente de paz, de concordia y de piédad: teniendo todos el mismo pensamiento para el bien, todas las voluntades están unidas. Oh! paz dichosa de los hijos de Dios! (Berset, Dom. de Cuasimodo.)

1. Disfrutamos de una verdadera paz, cuándo nuestra conciencia nos dá este fiel testimonio, que estamos reconciliados con Dios. Dichoso estado! Estado preferible á todas las fortunas del mundo! Estoy en paz con Dios; luego debo estar contento y vivir tranquilo; qué mayor dicha podia desear en este mundo! Estoy en paz con Dios. Dios era mí enemigo, y yo era su enemigo; pero me hé con Dios reconciliado. Paz del corazón, paz de Dios, que el Espíritu Santo compara con una comida suntuosa, deliciosa, τόσο ella llena el alma de una abundante y consoladora uncion. (Bourdaloue, *Serm. sobre la Natividad.* de N.-S.) — Antes del Cristianismo, los hombres seducidos y ciegos se han falsamente persuadido de que el medio más

Conclusion. — Tales son, cristianos, los bienes temporales y los bienes espirituales que conviene que los cristianos se deseén en

seguro para encontrar la paz del corazon, era satisfacer sus deseos, contentar su ambicion, saciar su avidéz, y para esto, ser honrado y distinguido en el mundo, enriquecerse y vivir en la abundancia, esforzarse, élevarse y agrandarse; asi lo han creido, y lo creen todavia tantos mundanos. Y razonando de esta manera, no solamente, dice la Escritura, se han engañado, sinó que engañandose, se habian hecho desgraciados: *Contritio et infelicitas in viis eorum.* Ps. XIII. Porque al razonar de esta manera, no habian conocido el camino de la paz: *Et viam pacis non cognoverunt.* Ibid. En lugar de la tranquilidad interior, y de la calma que se prometian con su opulencia y con su elevación, no encontraban más que agitacion, disgusto y aflicciones de espíritu: *Contritio et infelicitas.* Tal es la suerte de los partidarios del mundo; y plugiése al cielo, mis queridos oyentes, que no fuése tambien hoy la vuestra!... Aprendéd de mi, dice el Salvador del mundo, que son dos cosas incompatibles, la paz y el orgullo; que vuestro corazon, hágais lo que hágais, no estará nunca contento, mientras que la vanidad, la ambicion y el amor á la gloria reinarán. Por consiguiente, para encontrar en la tierra el centro y la base de la felicidad humana; para tener esta paz del alma, que es el dón de Dios por excelencia, es preciso ser humilde, sinceramente humilde... Para disfrutar de la paz, que es un bien tán estimable, debemos tenerla en el exterior con todos los hombres, aun con aquellos que son más opuestos, y que no la quieren: obligandoles con nuestra conducta á quererla, y á éjemplo de David, guardando un espíritu de paz con los enemigos de la misma: *Cum his qui oderunt pacem, eram pacificus.* Ps. cxix. Porque, cómo añade San Juan Crisostomo, vivir en paz con las almas pacíficas, con los espíritus moderados, con los caracteres sociables, ápenas seria una virtud de filosofo y de pagano; mucho menos debe pasar por una virtud sobrenatural y cristiana. El merito de la caridad, digamos mejor, el deber de la caridad, y la paz interior que es su fruto, es conservar la paz en el exterior con todos los hombres molestos, arrebatados y de caracter difícil: porqué? Porque puede acontecer, y porque en efecto acontece todos los dias, que los más arrebatados y molestos, los más difíciles y los que más disgustan son justamente áquellos con quienes debemos vivir en más estre-

este dia. Los bienes temporales, es decir, el justo éxito de nuestros trabajos, y la salud para cumplír las miras de Dios sobre nosotros en este mundo, especialmente durante este año. Los bienes espirituales, es decir, la gracia y la paz, en la medida necesaria para que podamos adquirir el grado de santidad indispensable para nuestra eterna salvacion. Así, bienes del cuerpo y bienes del alma, bienes del tiempo y bienes de la eternidad, hé aqui lo que podemos y lo que debemos deséarnos mutuamente, puesto que Dios los há hecho todos para nosotros. Apoyémos nuestras felicitaciones

cha sociedad; áquellos de los que es lo menos posible separarnos, y con los cuáles en el orden establecido por Dios nos encontramos unidos por lazos los más indisolubles; es preciso para no ser turbados, y permanecer tranquilos, para conservar nuestra paz, que cuidémos mantenerla y conservarla con los que son más capaces de hacernosla perder. (Id. ibid.) — Jesucristo solo puede dar la paz... Porque la que el mundo se dá á si mismo, para disfrutar más libremente de sus placeres, es una falsa paz, que destruye á la verdadera. La paz del Salvador se encuentra en medio de la cruz, y entre las lagrimas de la penitencia; en lugar de que los impios, dice el Espíritu Santo, en medio mismo de las delicias están agitados cómo el mar. Ellos no están nunca tranquilos, porque no dán descanso á los demás. En vano hablan de paz, no disfrutan de su dulzura. La tribulacion y las penas del espíritu es el lote del que hace el mal... Puesto que hay guerra entre ellos y Dios, cómo podrán estar en paz? (Dozonne, *La Moral de J.-C.*) Sobre los medios para adquirir la paz del corazon. — Todo dolor viene de que hay algo que no está en dónde debia estar; y esto aparece en el cuerpo humano, en dónde una parte separada, un hueso descompuesto, un humor fuera de su sitio, son dolores muy agudos. Pero aparece más todavia en el alma, cuándo las pasiones mandan á la razon, en lugar de obedecerla. No son solamente las que tienen el mal por objeto, quienes nos atormentan; el deseo, el amor y todas las demás que se dirigen al bien, nos sirven de suplicio; ponédlas en su lugar, bajo la obediencia de la razon y de la fé; entonces recobraréis la paz que no puede encontrarse en el desorden, y cuándo todo estará turbado alrededor vuestro, estaréis tranquilos é incommovibles dentro. (Id. ibid.)

con nuestras oraciones. Y si están bien hechas, Dios las oirá segun su promesa, de suerte que despues de haber sido dichosos en esta vida, lo serémos todavía mucho más en la otra. Así séa.

PARA EL DIA DE AÑO NUEVO

CUARTA INSTRUCCION

Felicitaciones de Año nuevo, de un Parroco á sus Feligreses

I. Para los esposos. — II. Para los padres y para las madres. — III. Para los niños. — IV. Para los maestros. — V. Para los sirvientes. — VI. Para los que tienen salud. — VII. Para los que sufren. — VIII. Para los ricos. — IX. Para los pobres. — X. Para los justos. — XI. Para los pecadores. — XII. Para todos.

Dichoso por conformarme con la costumbre que quiere en este dia que se desee un buen Año nuevo á los que se estima, aspiro á expresar los votos de felicidad que hago por vosotros, que sois mis amigos y mis hijos, y que, por consiguiente, amo cómo la familia que Dios me há dado. Y porque me es dulce, al mismo tiempo que cumplo con mi deber, de séros util en todo lo que os digo, me propongo explicaros en qué condiciones podrán cumplirse estos deséos, al felicitaros por el nuevo año. Me dirigiré sucesivamente á las diferentes categorías de personas que componen esta parroquia y especialmente este auditorio : esta será toda la division de nuestra platica.

I. — *A los esposos* — desde luego, que son el origen y la base de toda familia y de toda parroquia, cómo tambien de la gloriosa asamblea de los santos en el cielo, les deséo una buena armonia que no cese nunca, una union constante que persista no solamente durante todo este año, sinó hasta su ultima hora. Porque de todas las cosas humanas, es la union conyugal la que

embellece más la vida de los esposos, y les dá fuerza para llevar las cargas de la vida y las de su estado ¹,

Pero cómo esta union tán bella, tán dulce, tán necesaria subsistirá entre vosotros, esposos cristianos? Es necesario para esto tener el uno para el otro, no solamente una grande ternura, sinó tambien un perfecto respeto, y observar con escrupulosidad y exactitud los deberes mutuos que os incumben. Es decir que el marido debe tener la voluntad de que su mujer no carezca de ninguna de las cosas que convienen á su situacion, y la mujer, por su parte, debe mostrarse sumisa á su marido en todo lo que no es contrario á las leyes de Dios. De una y otra parte, respeto sagrado á la fé jurada. Un matrimonio que vive segun estos principios no puede dejar de vivir en una estrecha union, puesto que cada uno de los dos esposos respeta los derechos de su conyuge, y ninguno tiene que quejarse del otro. Esposos cristianos, es esta union dulce y saludable que os deséo, y que Dios os concederá, si, por otra parte, cumplis con las condiciones que le son propias ². — Dirigiendome en segundo lugar

1. Que union cómo la de dos cristianos llevando el mismo yugo, unidos con una misma esperanza, con una misma disciplina y con la misma servidumbre! Ambos son hermanos y servidores del mismo Señor, no formando más que un solo espíritu así cómo una misma carne. Rezan reunidos, lo mismo que se prosternan, ayunan, se instruyen y se animan el uno al otro, y se sufren mutuamente sus faltas. Juntos están en la iglesia de Dios, cómo en el banquete divino. No hay secreto que no se comuniquen, ni nada de extraño para ellos. No se ocultan el uno al otro para visitar á los enfermos, ni para socorrer á los indigentes. Sus limosnas se hacen sin disputas, sus sacrificios sin escrupulo, sus practicas sin obstaculos. Entre ellos nada de signos religiosos á escondidas, reunidos entonan sus oraciones y su unica rivalidad es á quién dirigirá mejor las alabanzas al Señor. (Tertuliano, *Ad uxorem*, lib. 2. c. 9.)

2. Felices los esposos que tienen los mismos gustos y los mismos sentimientos! Todos los placeres se aumentan precisamente porque son